

D. CORPUS CHRISTI. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 6,51-58.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

-Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí:

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo:

-Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.

EL GRAN PODER DE LA EUCARISTÍA

«Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer». «Recuerda». La Palabra de Dios comienza hoy con esta invitación de Moisés. La Sagrada Escritura se nos dio para evitar que nos olvidáramos de Dios. Por ello, es importante que recordemos a nuestro Dios cuando recemos, que recordemos las maravillas y prodigios que Él ha hecho en nuestras vidas, **«recordar el bien recibido»**

Si no hacemos memoria del Señor nos desarraigamos del terreno que nos sustenta y somos como las hojas que lleva el viento. En cambio, hacer memoria es afianzarse en la vida con lazos fuertes, sentirse **«parte de una historia y de un pueblo»**. La memoria no es algo privado, es **«el camino que nos une a Dios y a los demás»**.

En la Biblia el recuerdo del Señor se transmite de generación en generación, de padres a hijos. El problema aparece si la cadena de transmisión de los recuerdos se interrumpe, ¿cómo recordar aquello que sólo se ha oído pero no se ha experimentado? Jesús conocía bien la fragilidad de nuestra memoria y por eso **«nos dejó un memorial»**.

No nos dejó sólo palabras, porque es fácil olvidar lo que se escucha. No nos dejó sólo la Escritura, porque es fácil olvidar lo que se lee. No nos dejó sólo símbolos, porque también se puede olvidar lo que se ve. Nos dejó un **«Alimento»**, pues es difícil olvidar un sabor. Nos dejó **«un Pan en el que está Él, vivo y verdadero, con todo el sabor de su amor»**. Cuando lo recibimos podemos decir: ¡Es el Señor, se acuerda de mí!

Es por esto por lo que Jesús nos pidió: **«Haced esto en memoria mía»**. **«Haced»**. La Eucaristía no es un simple recuerdo, es **«un hecho»**, es **«la Pascua del Señor que se renueva por nosotros»**. En cada Eucaristía la muerte y la resurrección de Jesús están frente a nosotros y **«haced esto en memoria mía»** es la invitación a **«reunirnos como comunidad, como pueblo, como familia»**, para celebrar la Eucaristía **«para acordarnos de Él»**. No podemos prescindir de la Eucaristía pues es el memorial de Dios que **«sana nuestra frágil memoria»**.

Ante todo, cura nuestra **«memoria huérfana»**. Vivimos en una época de gran orfandad, al albur de los impulsos e intereses del momento. Muchos tienen la memoria herida y el corazón desolado por faltas de afecto y amargas decepciones de quienes habrían esperado recibir amor. Nos gustaría volver atrás y cambiar el pasado, pero no se puede. Sin embargo, **«Dios puede curar estas heridas, infundiendo en nuestra memoria un amor más grande, su amor»**. Nos da **«el amor de Jesús»**, que transformó una tumba de punto de llegada en punto de partida y que de la misma manera **«puede cambiar nuestras vidas»**. Nos comunica **«el amor del Espíritu Santo»**, que consuela, porque nunca deja solo a nadie y cura las heridas.

Con la Eucaristía el Señor también sana nuestra **«memoria negativa»**, esa **«negatividad que aparece muchas veces en nuestro corazón»**, que siempre hace aflorar las cosas que están mal y **«nos impide ver las muchas cosas buenas que ocurren a nuestro alrededor»**. Una actitud que nos induce a creer que no servimos para nada, que sólo cometemos errores o que siempre estamos equivocados.

«Jesús viene a decirnos que no es así». Él está feliz de tener intimidad con nosotros y cada vez que lo recibimos nos recuerda que **«somos valiosos»**, que somos los invitados a su banquete, los comensales que ansía. Y no sólo porque sea generoso, sino **«porque nos ama»**. Él **«ve y ama lo hermoso y lo bueno que somos»**. Sabe bien que el mal y el pecado no son nuestra identidad, son sólo enfermedades, infecciones.

Y viene a curarlas con la Eucaristía, que contiene los anticuerpos para esa memoria enferma de negatividad. Con Jesús **«podemos inmunizarnos de la tristeza»**. Aunque ante nuestros ojos siempre aparezcan nuestras caídas y dificultades, los problemas en casa y en el trabajo o los sueños incumplidos, su peso no nos podrá aplastar porque en lo más profundo de nuestro corazón está Jesús, que **«nos alienta con su amor»**. Esta es la fuerza de la Eucaristía, que nos transforma en **«portadores de Dios»**, en portadores de alegría y no de negatividad. Porque **«la alegría del Señor cambia la vida»**.



Además, la Eucaristía sana también nuestra **«memoria cerrada»**, las heridas del pasado que llevamos dentro. Son heridas que no sólo nos crean problemas a nosotros sino también a los demás. Nos vuelven temerosos y suspicaces, cerrados al principio, pero a la larga insensibles e imprudentes. Nos llevan a reaccionar ante los demás con antipatía y arrogancia, creyendo que de este modo podremos dominar las situaciones. Pero es un engaño, no sirve, pues **«sólo el amor cura el miedo de raíz y nos libera de las obsesiones que nos encadenan y aíslan»**.

En la Eucaristía Jesús viene a nuestro encuentro con dulzura, en la asombrosa fragilidad de un pequeño trozo de Pan. Él es el Pan partido que rompe las corazas de nuestro egoísmo, que se da a sí mismo para decirnos que **«sólo abriéndonos nos liberamos de los bloqueos interiores, de la parálisis del corazón»**.

El Señor, que se nos ofrece en la sencillez del pan, nos invita también a no malgastar nuestras vidas buscando mil cosas inútiles que crean dependencia y dejan vacío nuestro interior. La Eucaristía quita en nosotros el hambre por las cosas y **«enciende el deseo de servir»**. Nos levanta de nuestro cómodo sedentarismo y nos recuerda que no somos solamente bocas que alimentar, sino **«sus manos para alimentar a nuestro prójimo»**.

Es urgente que ahora nos hagamos cargo de los que tienen hambre de comida y de dignidad, de los que no tienen trabajo y luchan por salir adelante. Y hacerlo de manera concreta, como concreto es el Pan que Jesús nos da. Hace falta una cercanía verdadera, hacen falta auténticas **«cadenas de solidaridad»**. Jesús en la Eucaristía se hace cercano a nosotros, por tanto, **«¡no dejemos solos a quienes están cerca nuestro!»**; ¡Que así sea!